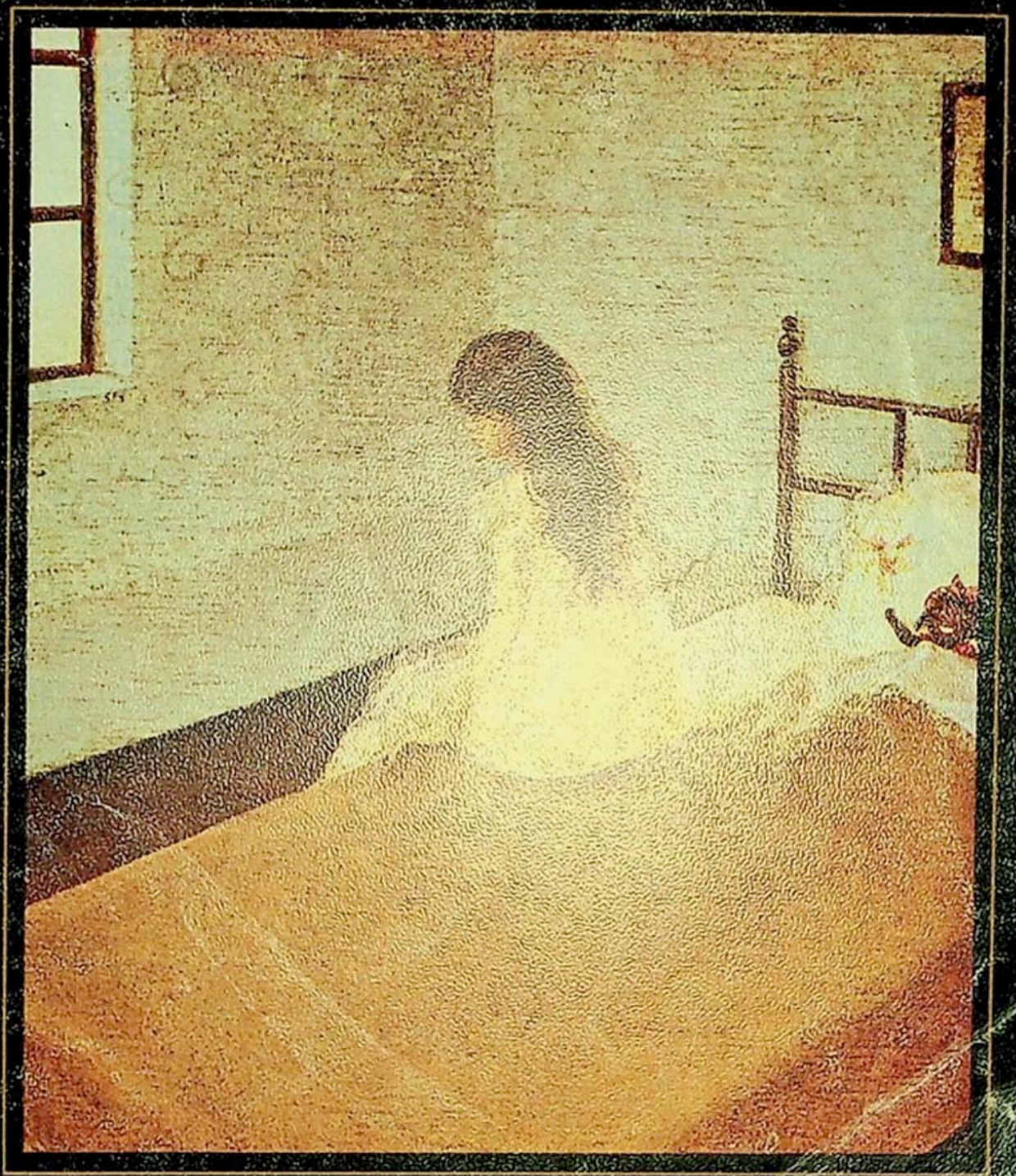


revista DINERS

DINERS CLUB DEL ECUADOR S.A. – No. 17 MAY

Los guaricheros de los manglares

Texto y fotografías por Rolf Blomberg

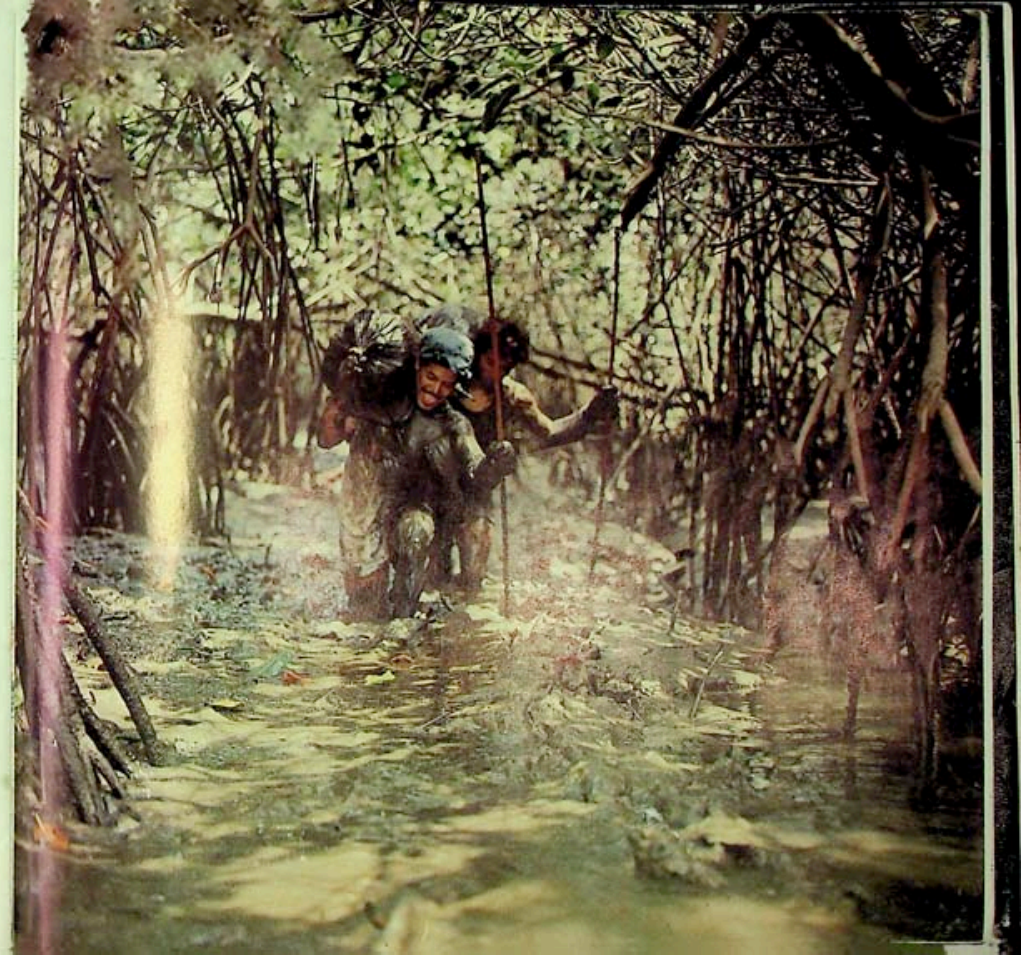
Para los amantes de la naturaleza el Ecuador es el país de las mil maravillas —con sus paisajes bellos y extraordinarios, con una flora enormemente rica y variada y una fauna también abundante de especies, miles y miles. . . Pero esa riqueza natural no es inagotable.

Es un hecho que aquí en el país, como en otras partes del mundo, el medio ambiente está amenazado por una brutal y acelerada destrucción debida a muchas infortunadas causas: deforestación sin control, mal uso de pesticidas, extinción de especies, contaminación de aguas y aire, etc.

La Fundación Natura que se preocupa seriamente de estos problemas, ha presentado una amplia y bien documentada información en el folleto *Evidencias del deterioro ambiental en el Ecuador*, y me permito citar unas líneas sobre los manglares del país, estas junglas fascinantes y misteriosas en los esteros de la costa.

"La situación de los manglares en el Ecuador es muy precaria, debido a la destrucción periódica y constante que han venido sufriendo a lo largo de la historia del país", hace constar el folleto. "En los pasados 10 años, se intensi-

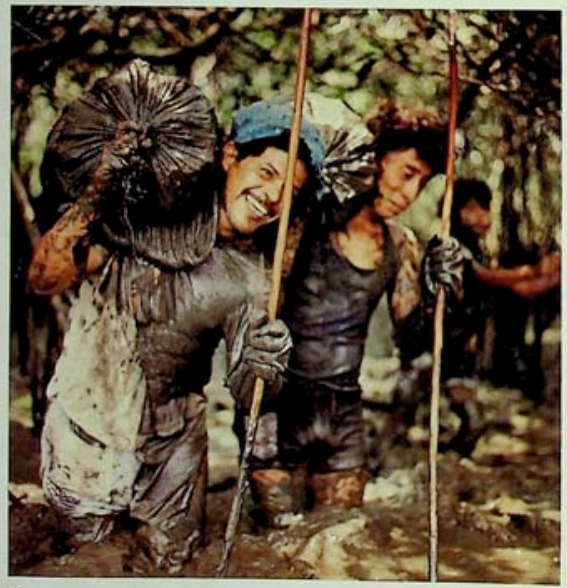




ficó la conversión de los manglares en camaroneras y las demandas por madera de mangle crecieron, lo que ha agudizado el problema de la ecología del mangle."

No hay duda que los manglares, en parte ya devastados, están en gran peligro, con consecuencias muy serias para una ecología fácilmente afectable, y es sólo de esperar que una política previsora los salvará, evitando la destrucción continua y total.

En un reciente viaje a Bahía de Caráquez visité los todavía extensos manglares en la boca del Río Chone, y de allá provienen estas imágenes fotográficas de los *guaricheros*, cazadores de los cangrejos rojos, o *guariches*.



Los manglares forman una selva extraña y de difícil acceso, donde las copas de los árboles y el tupido follaje se levantan sobre una palizada de troncos retorcidos y raíces como piernas encorvadas firmemente ancladas en el lodo negro que la marea expone y cubre alternativamente. Este mundo protegido es un habitat de gran número de animales: aves ribereñas y acuáticas como pelícanos, patocuervos, espátulas, garzas, e íbises, y en el agua peces, camarones, ostiones y conchas.

Además, en sus escondites en el lodo, los guariches. En otros tiempos los manglares también fueron sitios predilectos de innumerables lagartos —se podía verlos echados en las orillas tomando sol— pero el hombre ya acabó con casi todos estos imponentes reptiles.

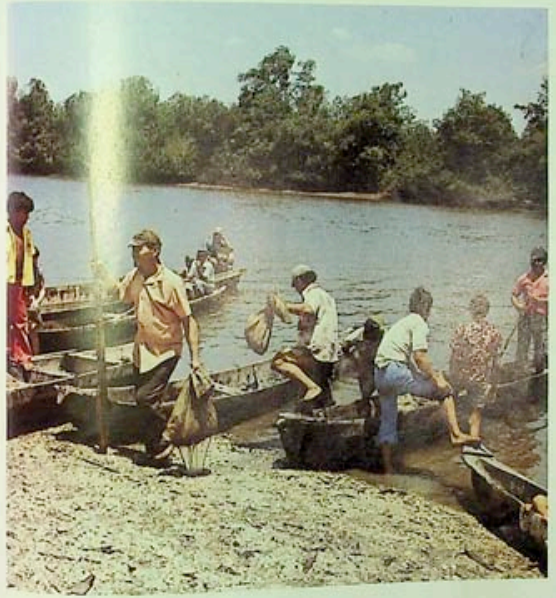
Los guariches, unos cangrejos de tamaño mediano, en lindos colores —naranja, rosa, gris y violeta— y con el nombre científico *Ucides occidentalis*, son muy solicitados por su gusto exquisito, y por lo tanto capturados en grandes cantidades.

Los guaricheros son transportados en canoas y desembarcados en sitios adecuados, y después de unas cinco, seis horas recogidos para el viaje de regreso. Las horas propicias para la cacería coinciden desde luego con la marea baja cuando el agua se ha retirado.



Los implementos del cazador consisten en un palo largo, un guante grueso para la mano derecha y una bolsa para la presa. El palo se utiliza para meter en el estrecho túnel que verticalmente conduce al escondite del cangrejo abajo en el lodo, y así llega a saber si está en casa. En tal caso el cazador mete su brazo por el túnel para coger al pobre perseguido; sin embargo, el cangrejo intenta defenderse con sus fuertes y bien afiladas pinzas. Pero el hombre, más astuto que su presa, ya ha ido protegido con su grueso guante. . .

Apoyado por el indispensable palo como bastón el guarichero penetra mangle adentro, una fatigosa caminata sumergido hasta las rodillas en el lodo. Sólo después de largas horas y duro trabajo regresa sobre sus propios pasos al sitio donde se desembarcó. Está llevando una considerable carga: la bolsa llena de cangrejos, cien o más. Es un alivio llegar al margen del río, a descansar y a salir del lodo, bañándose y lavando la bolsa sucia con su agitado contenido.



Dentro de poco llega la canoa para llevar los guaricheros a un pequeño puerto donde están esperando los compradores, y después de un regateo los cangrejos cambian de propietario. Una parte es consumida en Bahía de Caráquez y otros lugares vecinos, pero la mayoría se va en camiones a las grandes ciudades, hasta la capital en la lejana sierra. Son vendidos "empaquetados" en lo que se llama sartas, y cada una contiene nueve y hasta once ejemplares atados de tal manera que con sus pinzas no pueden vengarse del maltrato. Una sarta cuesta en Quito 110-130 sucres, dependiendo de la cantidad y calidad de los cangrejos. También los venden sueltos y cocinados en las calles —un snack muy rico y apreciado.

¡Amigos de los guariches —vamos a proteger nuestros manglares de su destrucción— una destrucción que será también el fin de los sabrosos cangrejos. . .!

